

ferente para cualquiera que escogieren , y guárdate bien de decirlos jamás : Fulanito será clérigo , ni citanita monja. Si la tienes á educar en algun convento dila claramente que podrá escoger con entera libertad el estado que quisiere , y encomiéndala al Señor para que la alumbre.

## DIA XV.

### MARTIROLOGIO.

SANTA TERESA, virgen, madre y maestra de los Religiosos y Monjas de la orden de Carmelitas descalzos, en Avila en España. (*Véase su vida hoy.*)

SAN FORTUNATO, mártir, en Roma en la via Aurelia. (En tiempo del emperador Claudio se ocupaba, como otros muchos cristianos, en dar sepultura á los cuerpos de los mártires.)

EL TRÁNSITO DE TRESCIENTOS SANTOS MÁRTIRES, en Colonia en Alemania, que en la persecucion de Maximiano alcanzaron la corona del martirio.

SAN AGILEO, mártir, en Cartago, en cuya fiesta predicó al pueblo S. Agustin.

SAN BRUNO, obispo de los rusos y mártir, en Prusia; el cual predicando el Evangelio en aquellos pueblos, fué preso por los impíos, los cuales le cortaron las manos y los pies, y le degollaron. (El Martirologio romano hace mencion tambien de este mismo S. BRUNO en el dia 19 de junio, con el nombre de S. BONIFACIO, probablemente por alguna traslacion; pues aunque algunos autores han distinguido á este S. Bruno de S. Bonifacio, comparada la vida de S. Brun, ó Bruno en Ditmaro con la de S. Bonifacio, que escribió S. Pedro Damian, se demuestra la identidad Y la Crónica de Magdeburgo llama espresamente Bruno á su S. Bonifacio, y al contrario promiscuamente. *Butler.*)

SAN ANTIOCO, obispo, en Lyon; el cual habiendo desempeñado exactamente su ministerio pastoral, mereció el del reino eterno.

SAN SEVERO, obispo y confesor, en Tréveris.

SANTA AURELIA, virgen, en Estrasburgo.

SANTA HEDWIGIS, ó EDUVIGIS, duquesa de Polonia, en Cracovia; la cual habiéndose ejercitado en obras de piedad con los pobres, esclarecida tambien en milagros fué canonizada por el papa Clemente IV. Inocencio IX decretó que se celebrase su fiesta el dia 17 de este mes. (*Véase su vida en dicho dia.*)

SANTA TECLA, abadesa, en Alemania. (Fué una monja inglesa del monasterio de Winburn en el condado de Dorset, que habiendo sido llamada por S. Bonifacio á Alemania, fué hecha abadesa de Kizingen, tres millas de Wurtzburgo, cuyo comunidad edificó con el admirable olor de sus virtudes.)



## SANTA TERESA DE JESUS, VIRGEN Y FUNDADORA.



STA. TERESA DE JESUS  
VIRGEN Y FUNDADORA.

FUÉ Sta. Teresa la maravilla de su siglo, y es hoy la admiración del orbe cristiano. Nació en Avila, ciudad de Castilla la Vieja en España, el día 12 de marzo de 1515, siendo la menor de tres hijas que tuvieron Alfonso Sanchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, ambos de antigua y calificada nobleza, muy respetados por ella, pero mucho mas por su vida cristiana y por su grande piedad. Dedicaban su principal cuidado á la buena educacion de sus hijos; pero le pusieron muy especial en la de esta última niña por el extraordinario despejo, viveza y capacidad que mostraba, muy superior á su edad. Sobre todo, la notaban, con singular gozo suyo, una inclinacion natural á todo lo bueno, y una anticipada tierna devocion á la santísima Virgen. Era muy dedicado Alfonso de Cepeda á leer libros espirituales, y todos los dias hacia que se leyese la vida de algun Santo delante de toda la familia. Encontraba en esto grandísimo gusto la niña Teresa; y no contenta con la lectura que oía, ella misma leía muchas veces con otro hermanito suyo, llamado Rodrigo, de poca mas edad, las historias y vidas de los santos, sobre todo las de aquellas delicadas y jóvenes doncellitas que habian derramado su sangre por Jesucristo. Hicieron tanta impresion estos ejemplos en los dos tiernecitos corazones, que ambos resolvieron escaparse secretamente de la casa de sus padres para ir á tierra de moros en busca del martirio, teniendo á la sazón Teresa solo siete años, y Rodrigo diez. Ya estaban en camino, cuando los encontró un tio suyo, que los recogió y los restituyó á su casa. Pero mientras tanto, estaba la niña Teresa tan preocupada del pensamiento de la eternidad, que no cesaba de repetir estas palabras: *¡Qué, para siempre; qué, sin fin!* y viendo los dos niños que no habia forma de ser mártires, determinaron hacerse, por lo menos, ermitaños. Con este intento fabricaron en la huerta de la misma casa dos celditas, ó dos pequeñas cuevas que levantaron con ramas de árboles; adonde se retiraba Teresa muchas veces al dia para hacer su oracion, como decia ella, delante de una estampa que representaba á la Samaritana hablando con el Salvador junto al brocal de un pozo, desprendiendo desde entonces el Espíritu Santo en aquel inocente corazon algunas centellas de aquel sublime don de oracion, de que eran como preludios aquellos primeros ejercicios.

El amor que profesaba á la santísima Virgen la inspiraba cien industrias para honrarla y para reverenciarla. Cada dia rezaba



muchos rosarios, ofreciendo al pié de la imágen algunas flores, y acompañando siempre estos pequeños presentes con alguna devota oracion. Estos bellos principios que habia producido la lectura de buenos libros, se cortaron ó se interrumpieron de repente con la leccion de libros malos. Perdió á su madre siendo de edad de doce años, y comenzó á tomar gusto en leer libros de novelas. Esta fué la primera causa de haberse resfriado en sus buenos deseos, y de ser infiel en todo lo demás. En estos libros aprendió la inclinacion á las galas, á la profanidad, á sobresalir, á brillar; y en fin, el deseo de ser amada. Teniendo ya catorce años, trabó comunicacion con un pariente suyo, un poco ligero y desahogado, cuyo trato puso su inocencia en grandisimos peligros. Acabóse presto todo aquel espíritu de fervor y devocion, tanto, que hubiera pasado muy adelante aquel desconcierto de vida, si notándolo su padre, no hubiera aplicado pronto remedio metiéndola de seglar en un convento de agustinas.

Antes de cumplir ocho dias en aquel recogimiento sintió poseido su corazon de un sumo disgusto y de un vivo dolor de todas sus vanidades, retoñando entonces todas las virtuosas inclinaciones de sus primeros años. Atribuyó esta mudanza á la particular proteccion de la Madre de Dios, á cuyos pies se postró luego que murió su madre, suplicándola que desde allí adelante se dignase recibirla por su querida hija. Fluctuaba dudosa en la eleccion de estado, ó de religiosa, ó de casada, cuando se halló acometida de una grave enfermedad, con cuya ocasion la sacó su padre del convento para curarla en su casa. Luego que se recobró algun tanto, la envió á una aldea, donde vivía una hermana suya, para que se acabase de reparar, y en el camino visitó á un tío suyo que hacia vida solitaria. Con las santas conversaciones del devoto ermitaño y con la leccion de libros espirituales, particularmente de las epístolas de S. Jerónimo, reconoció el peligro que habia corrido de perderse eternamente; y á pesar del horror que la causaba la consideracion de los trabajos y austeridad del estado religioso, especialmente en su delicada complexion, resolvió no abrazar otro. Costóla muchos ruegos y muchas lágrimas alcanzar el consentimiento de su padre; pero apenas salió de casa para ir al convento, cuando se sintió asaltada de una repugnancia tan extraordinaria, acompañada de tan vivos y tan agudos dolores, que le hubieran quitado la vida á no haberla sostenido Dios.

Victoriosa de este último combate, entró con heróico valor en el convento de las Carmelitas de Avila, en el cual tenia una

buena amiga, y fué su entrada el dia 2 de noviembre del año de 1535, á los veinte de su edad. Apenas recibió el hábito religioso cuando se inflamó su corazon en las llamas del mas puro y mas abrasado amor, recompensando el Señor la victoria que acababa de conseguir con una inundacion de gracias. Ninguna dificultad encontraba en el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Hambrienta de desprecios, de abatimientos y de mortificaciones, era su mayor gusto ejercitarse en los oficios mas penosos y mas humildes de la casa. Cilicios, capotillos, disciplinas, ayunos casi continuos, nada era bastante para saciar aquella grande alma. Estas penitencias alteraron estraordinariamente su salud delicada por su naturaleza. Acometiéronla unos males de corazon tan violentos, y unos vómitos de tan mala calidad, que se llegaron á temer funestas consecuencias; pero estos males no la embarazaron la profesion. Hízola con tanta resolucion y con tanto valor, que llenó de admiracion á todos los circunstantes. Aun no estaban en aquel tiempo las religiosas obligadas á la clausura; y así la envió su padre, en compañía de la otra monja amiga suya, á casa de su hermana para que se hiciesen algunos remedios. Por este tiempo ya la habia Dios comenzado á favorecer con muchas gracias que cada dia iban en aumento; elevándola á una altísima contemplacion hasta la oracion de quietud, y algunas veces hasta la de union, concediéndola juntamente el don de lágrimas; pero ni ella conocia entonces el inestimable valor de estas gracias, ni encontraba confesor que la entendiese, ni comprendiese su interior disposicion. Sin embargo, se consolaba y se aquietaba, reconociendo que todo la movia á amar á Dios y á no perderle nunca de vista.

Con los remedios se acabó de arruinar enteramente su salud; mas no por eso se malogró su estancia en aquel lugar, pues fué ocasion de que se convirtiese un mal sacerdote que habia muchos años vivia licenciosamente. Confesábase Teresa con él, y se movió tanto á vista de la inocencia de aquella pura alma, que él mismo la manifestó el miserable estado en que se hallaba, pidiéndola que la encomendase á Dios; y habiéndose convertido, pasó el resto de su vida en ejercicios de la mas rigurosa penitencia.

Sintiéndose Teresa cada dia mas enferma, en pocos dias se halló reducida á la última estreñidad. Contrajéronse los nervios, causándola insoportables dolores. Púsose estremadamente flaca; acometióla una tos seca, el color pálido y macilento y aplomado; todos indicantes que obligaron á temer mucho de su vida. Viéndola su padre en aquel estado se la llevó á su casa, donde



apenas entró cuando el día de la Asuncion la asaltó una sincopal, y cayó en un desmayo tan profundo, que la tuvieron por muerta por espacio de cuatro dias. Al cabo de ellos volvió en sí; pero no se vió enteramente libre de tantos males hasta de allí á tres años, despues que la inspiró Dios se encomendase al patriarca S. José, á quien reconocia deber su curacion, y cuya proteccion aseguraba despues no haber implorado jamás sin esperimientarla pronta y favorable, por lo que hizo cuanto pudo para estender su devocion y su culto.

El recobro de su salud fué, por decirlo así, enfermedad, ó por lo menos desmayo de su espíritu. Las frecuentes conversaciones que tenia con las personas que la habian visitado, produjeron ciertas amistades, que, aunque inocentes, no dejaron de perjudicarla. Ocupando el tiempo en el coro y en el locutorio, muy en breve se disgustó del primero; tanto, que llegó á persuadirse era especie de hipocresía querer ser observante estando tan dispada: y sobre este principio se dispensó en la mayor parte de los ejercicios de comunidad. Esta disipacion y esta relajacion la pusieron en evidente peligro de perderse; pero detúvola Dios cuando estaba ya en el borde del precipicio. Habiendo muerto su padre, á quien salió á asistir en la última enfermedad, volvió á retirarse á su convento, resuelta á volver tambien al ejercicio de la oracion, como se lo aconsejó con la mayor eficacia un religioso del orden de Predicadores, con quien á la sazón se confesaba. Apenas volvió á este santo ejercicio cuando conoció toda la iniquidad y toda la amargura de su relajacion. Detestóla dolorosamente, y toda la vida fué motivo de su llanto. No omitió despues dia alguno la oracion, aplicándose á ella con el mayor teson y con la mayor fidelidad, no obstante el silencio del Espíritu Santo, que por espacio de diez y ocho años la ejercitó con una tediosa aridez y sequedad, privándola de aquellos consuelos celestiales con que en otros tiempos la habia favorecido.

A la verdad, habia cortado Teresa todo lo peligroso que podia haber en aquella comunicacion con los seglares; pero no habia roto del todo los lazos que tenian pegado su corazon á las criaturas. Solicitábala Dios interiormente á que se lo sacrificase todo; pero su corazon no se acababa de resolver á tan generoso sacrificio: situacion triste y combale congojoso que la tenian en una continua amargura. Neutral entre los dos partidos, no encontraba gusto cabal, ni en el comercio del mundo, ni en el servicio de Dios, siendo su grande valor y su mismo buen corazon los artífices de su mayor suplicio. Leyó por este tiempo las confesiones de S. Agustin, y esta lectura fué, por decirlo así, como

el bosquejo de su perfecta conversion, cuya grande obra perfeccionó la inopinada vista de una pintura, que representaba al Señor atado á la columna en el paso de los azotes. Fortalecida Teresa con una nueva gracia, rompió en fin todas las prisiones; y en el mismo instante se halló elevada á un grado muy sublime de contemplacion. Pero como el Señor la tenia escogida para amada esposa suya, todavía quiso purificar su corazon con una sensibilísima prueba. Permitió que todos los confesores que buscó desaprobasen su espíritu, tratando de ilusion los favores que recibia del cielo, condenando su modo de oracion, y no queriendo creer que favoreciese Dios con tan singulares gracias á una alma inconstante, que tantas veces le habia sido infiel. Atormentábala el temor de estar ilusa y engañada; pero una de las cosas que la mortificaban mas era la publicidad de los particulares favores con que Dios la regalaba. Todos hablaban de ellos, unos para divertirse, teniéndolos por ilusiones, y otros para destemplarse, calificando á la monja por una insigne embustera. Decíase que pretendia ser tenida por santa antes de dar pruebas de buena religiosa, no cumpliendo con las obligaciones comunes, y aspirando á distinguirse por extravagancias y por singularidades. No eran sus hermanas las mas indulgentes á cuenta de nuestra Santa. Esta opinion comun se la hacia á ella misma muy verosímil, acordándose de su inconstancia y de sus pasadas ingratitudes; indecision que la tenia en un continuo tormento, tanto mas insufrible, cuanto era sumamente tímida y delicada en materia de ilusion. Ya deliberaba dentro de sí misma si dejaria enteramente la oracion, cuando el Señor la consoló deparándola un confesor sabio, prudente y muy práctico en los caminos de la vida interior. Era este un padre de la Compañía de Jesus, el cual la prescribió el modo de gobernarse, y la aconsejó renunciase ciertas cosillas, que á la verdad no eran defectos esenciales; pero sin embargo la atrasaban mucho en los caminos de Dios. Mandóla que meditase en la vida y misterios de Jesucristo, exhortándola á que hiciese mas aprecio de la mortificacion de las pasiones, que de todas las devociones sensibles. Hizola gran fuerza y prendóla mucho esta suavidad del nuevo director. Empuñó las armas contra sí misma, entregóse sin escepcion y sin perdonarse en nada á todos los rigores de la penitencia, añadiendo á todo mas silencio, mas retiro y mayor recogimiento.

Llegó por entonces á Avila S. Francisco de Borja: consultó luego con él Sta. Teresa sus dudas; y aquel grande hombre la respondió sin hesitar ni dudar, que todo lo que sentia era ver-



daderamente obra del Espíritu Santo: encargóla que no resistiese mas á su divino impulso, aconsejándola que comenzase la oración meditando en la pasión de Jesucristo; y que si el Señor la elevase á otro grado mas sublime de contemplación, no se opusiese al celestial movimiento. Comprendió entonces Teresa la suma importancia de juntar siempre la mortificación del cuerpo y de los sentidos á las dulzuras de la contemplación; y desde aquel punto no habia en el mundo cosa tan ardua que no estuviese pronta á sacrificársela á Dios por arribar á la perfección á que este Señor la llamaba. Hallándose en oración, tuvo el primer raptó, en que la pareció la decia Jesucristo, que desde allí adelante toda su conversacion habia de ser con los ángeles, y desde aquel dichoso dia se halló, por la bondad de Dios, como trasformada en una persona muy distinta. Tanto se la daba que hablase mal como que hablase bien de ella; pero se la notó mas delicada que nunca á la mas leve sombra de pecado. Tomó por confesor, habiendo perdido al que tenia, al célebre P. Baltasar Alvarez, de la misma Compañía de Jesus, y fueron maravillosos los progresos que hizo en la mas elevada perfección con un director de tanto magisterio en la ciencia del espíritu.

Mientras tanto, no cesaba Dios de colmarla de favores, complaciéndose en aquella alma perfectamente purificada. Ya era su oración una serie no interrumpida de éstasis y de raptos, y en aquellas íntimas comunicaciones con su Dios se abrasaba su corazón en las llamas del amor mas puro, y quedaba su entendimiento iluminado con ilustraciones sobrenaturales. Aparecíasele Jesucristo con mucha frecuencia, y se complacia el celestial Esposo en enseñarla por sí mismo los mas elevados misterios. Era su deseo tener ocultos estos favores; pero siendo una de sus máximas obedecer escrupulosamente á sus directores, sujetando á su juicio todas sus visiones y todas sus mas secretas inspiraciones, solo por no faltar á esta obediencia se vió precisada á manifestar dones tan preciosos, siendo esto mismo nuevo ejercicio de mortificación para ella. Pero como no siempre los hombres mas sabios son los mas prácticos en la vida espiritual, no faltaron muchos á quienes se les hizo sospechoso el camino de Teresa. Juntáronse seis sugetos, que por su estado hacian profesión de hombres espirituales: examinaron y conferenciaron sobre las cosas de nuestra Santa, y resolvieron que estaba ilusa. Intentaron privarla de la sagrada comunión; pensaron en delatarla al santo tribunal; discurrieron si la exorcizarian, considerándola poseída, y en fin no perdonaron á su director, que á la sa-

zon se hallaba ausente, tratándole de hombre crédulo, fácil y ligero. Ni en Avila, ni en la mayor parte de las universidades de España se hablaba de otra cosa que de las imaginadas ilusiones de Teresa. No era posible martirio mas doloroso, ni estado de alma mas digno de compasión. Oprimida de tristeza, combatida de temores y anegada en lágrimas, se arrojó á los pies de un Crucifijo, faltándola poco para espirar á violencia del dolor, cuando en el mismo punto oyó una voz interior que la decia: *No temas, hija, yo soy; no te abandonaré.* A cuyas palabras se desvanecieron todas sus dudas y temores. Esplicó su gozo en un torrente de lágrimas, y desde aquel dia jamás se volvió á alterar la paz de su corazón.

Pero con este nuevo fervor comenzó á disgustarla un poco la vida mitigada de su convento; y despues de una espantosa vision, en que se la representaron los tormentos que la tenian prevenidos en el infierno si hubiera continuado en la vida relajada, perpetuamente estaba ocupada en el deseo de hacer alguna cosa que acreditase al cielo su humilde agradecimiento. Hablando un dia con una sobrina suya, que estaba de seglar en el mismo convento, y con otra religiosa jóven de sus particulares amigas, se le escapó el decir riéndose y como de burlas, que ya no le gustaba la vida de aquella casa: *Pues bien* (replicó la sobrina) *retirémonos las tres, y hagámos otra vida mas estrecha; para lo cual ofrezco desde luego treinta mil ducados.* Cierta señora de mucha virtud la confirmó en el mismo pensamiento, y todas cuatro se obligaron muy de corazón y muy seriamente á llevarle adelante despues que Jesucristo declaró á Sta. Teresa, que con efecto la tenia destinada para fundar esta reforma. Asegurada ya de la voluntad de Dios, ningun estorbo fué capaz de acobardarla; y animada á la misma generosa empresa por el P. Baltasar Alvarez, su confesor, por S. Pedro de Alcántara, y por S. Luis Beltran, de la órden de Sto. Domingo, dió al público aquel noble y grande intento, y comenzó á poner manos á la obra. Movió Dios en su favor al papa, al obispo de Avila y á su mismo general, con cuya aprobacion compró una casa para dar principio á la reforma. Pero las quejas de su convento de la Encarnación, las contradicciones de los padres carmelitas, la resistencia de la nobleza, la oposicion de los magistrados, la murmuracion de los pueblos y la formal contradicción de la ciudad metieron tanto ruido, que pareció contemporizar y sobreeser en la empresa. Entonces todo el mundo se desenfrenó contra nuestra Santa. Sátiras mordaces, interpretaciones malignas, feas y torpes calumnias, de todo se valió el infierno para destruir la